

Kutusoff había prometido al gobernador de Moscou, general Rostopchin, defender á todo trance la capital, pero ahora no le era posible presentar de nuevo batalla, ni encerrarse con sus cincuenta mil hombres dentro de una ciudad indefensa, de más de trescientas mil almas, Kutusoff sometió, sin embargo, á un Consejo de guerra su plan de marchar al Sud y situarse al flanco del ejército vencedor, y este plan fué aprobado á pesar de la exaltación de los patriotas rusos y moscovitas que no podían resignarse á la idea de que su ciudad santa pudiera caer en manos de los franceses.

Rostopchin tenía, sin embargo, también su plan y estaba no menos resuelto á defenderle. Como muchos de los que en España desempeñaron durante la guerra un papel principal, Rostopchin había sido en Rusia uno de los más ardientes partidarios de la Revolución francesa, hasta el punto que hizo aprobar en la época del Consulado, por su soberano Pablo I, un plan de alianza entre Rusia, Francia y Austria, para repartirse el imperio turco. Pero Rostopchin era también un patriota, y ahora iba á cumplir con el más cruel de los deberes delante del extranjero que había invadido la patria. Rostopchin tenía decidido tratar á Moscou como Kutusoff había tratado Smolensk, al efecto, dió órdenes terminantes para que el 14 de Setiembre por la madrugada abandonase á Moscou la guarnición y sus habitantes, que salieron, en efecto, en su gran mayoría con lo que pudieron llevarse en aquellos momentos de gran confusión. Kutusoff lo abandonó todo en su palacio, saliendo de su casa sin más que el vestido que llevaba puesto. La noche se había aprovechado para acumular en determinados puntos grandes cantidades de materias inflamables.

Durante todo el día 14, Napoleon estuvo esperando que se le presentaran las llaves de la ciudad, pero aún cuando habían quedado en Moscou unos cincuenta mil de sus habitantes, por cierto, los más pudientes que no quisieron dar crédito á la noticia de que se iba á incendiar la ciudad al entrar en ella los franceses, lo que les parecía tanto más imposible cuanto que Rostopchin dejaba en ella quince mil soldados heridos, por esto nadie se movió resueltos todos los moscovitas en una ú otra manera á afrontar los rigores de la guerra.

Napoleon no entró en Moscou hasta el día 15. Durante el día 14 lo fueron haciendo sus generales que se aposentaron en los principales palacios en donde eran recibidos en medio del fausto propio de los nobles moscovitas lo que les decidió á hacer observar rigurosamente la disciplina de sus soldados;

lo que era muy fácil, por encontrar estos en las casas abandonadas en tan grande número con que satisfacer con exceso sus necesidades y su rapacidad. Napoleon se aposentó en el Kremlin, y allí á los piés de su morada, á las pocas horas de su entrada, estallaba el devorador incendio abrasando el gran bazar de la llamada ciudad China, desapareciendo en un momento inmensas riquezas.

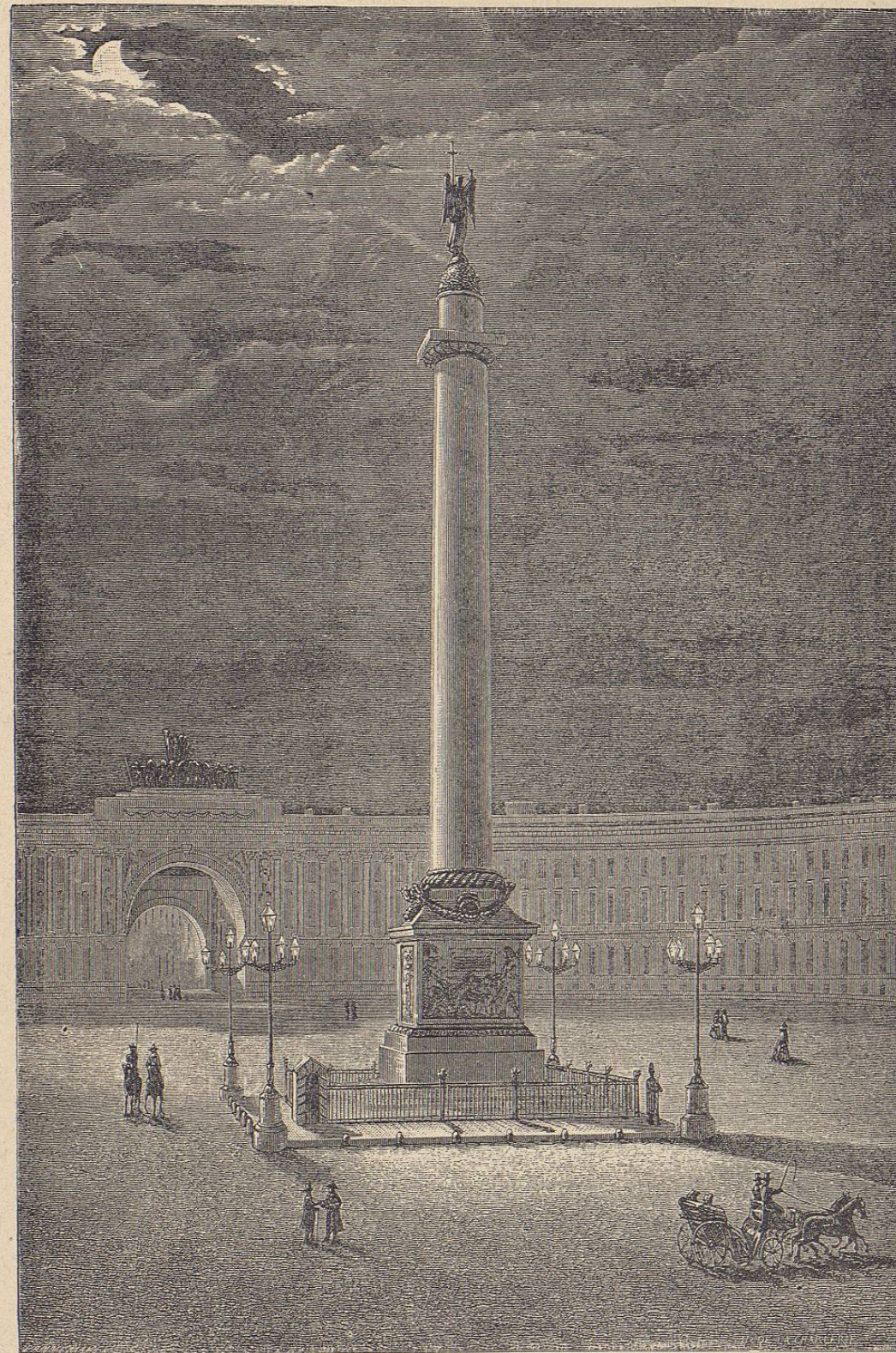
Aún cuando no se dejó por muchos de creer que aquel incendio era premeditado, los más no creían que fuera el primer acto de la terrible tragedia de Moscou, con tanta mayor razón cuanto que ni durante el resto del día ni á primeras horas de la noche, estallaron otros incendios. Pero ya cerrada la noche se levantó un violento viento del Este que llevó el fuego del bazar de la ciudad China á las mejores, más ricas y más bellas calles de Moscou recorriéndolas en un instante. Esto había sido casual, pero el viento no había hecho mas que adelantarse á los emisarios Rostopchin, pues, se vió durante tan terrible noche salir de un lado y otro cohetes incendiarios y se echó mano sobre algunos de los que los arrojaban que pagaron con la vida su arrojo.

El fuego era ya imposible de dominar por su grande intensidad, cuando el viento, que parecía estar de acuerdo con Rostopchin, del Este saltó al Nordeste y luego al Sudoeste, de modo que el viento por sí solo se encargó de llevar por toda la ciudad el incendio, haciendo innecesarios los cohetes de los moscovitas.

Llegó el fuego á lamer las murallas del Kremlin que estaba cerca del arsenal en donde había millares de quintales de pólvora, y en cuya gran plaza tenía Napoleon el parque de su artillería; haciéndose por momentos peligrosísima la estancia en aquel centro, Napoleon lo abandonó con lo mayor de su ejército y fué á posentarse á una legua de Moscou en la quinta de un gran señor ruso.

Duró la obra del fuego hasta el día 18 de Setiembre y acabó con las cuatro quintas partes de la ciudad, pero el fuego respectó el Kremlin, y Napoleon regresó á él el día 19 de Setiembre. Su célebre guardia no lo había abandonado un momento, dispuesta á combatir el fuego ya que hasta aquí no había podido combatir con los rusos. Ahora, como era de esperar, la obra destructora del incendio la completaron los franceses, primero los soldados con el pillaje que acompañaba el incendio, luego, por haber dado Napoleon la orden de sacar de las ruinas cuanto pudiera ser de utilidad para el ejército.

Pero no era posible estar en Moscou arma al brazo. Napoleon creía, sin embargo, que los fríos



RUSIA. — COLUMNA DE ALEJANDRO



no vendrían como sucede por lo general, hasta mediados de Noviembre y creía tener tiempo, él no admitía ni las alteraciones ni las variaciones atmosféricas. Con esto, á la vez que abría negociaciones con Kutusoff, que se apresuró á aceptarlas no solo porque le daba tiempo para reorganizar su ejército, sino para ir apurando lo más posible el que Napoleón creía tener por delante, ordenaba Napoleón que se evacuara para Wilna á todos sus soldados heridos, más afortunados que los quince mil soldados rusos que murieron en medio de los horrores del fuego, disponiendo á la vez que se concentrasen sobre Moscou todas las fuerzas que tenía desparamadas entre Moscou y Wilna.

¿Creía Napoleón en la paz? No: y esto lo prueba los grandes trabajos de defensa que hacía ejecutar en el Kremlin para invernarse en él, posibilidad que no asustaba á los generales franceses y á la que debía renunciar muy pronto Napoleón por la misma razón que le había empujado hasta la ciudad santa de los rusos. Sin embargo, por algún tiempo fué Napoleón víctima de su misma política, pues Alejandro, que había aprendido de él el arte de engañar y ganar tiempo, de acuerdo con su Consejo y con el barón Stein y demás emigrados alemanes que le instaban á perseverar, reservó su respuesta para dar lugar á poner en salvo su armada que entregó á los ingleses que se la llevaron de Kronstadt temiendo que no se repitiera el caso de Holanda, y á que el ejército del Danubio, hechas ya las paces en Bukharest y que mandaba Tchitchakoff, pudiera llegar al alto Beresina en donde operaba Wittgenstein, de suerte que encerraran con Kutusoff á Napoleón y á sus cien mil hombres y seiscientos cañones en un círculo de hierro.

Cuando Napoleón llegó á comprender su posición y principió á temer por su retirada, aun sin la posibilidad de un desastre, pensó en dejar guarnición en el Kremlin y retirarse á pasar el invierno en la famosa tierra negra de Rusia, á Kalouga, en el río Olga, país fértil situado al Sud de Moscou y mucho menos frío. Davout y Ney eran partidarios resueltos de este plan, pero, ¿no era esto resignarse á pasar todo un invierno incomunicado con París, preso en el país que dice al mundo que había dominado con sus victorias?

Incierto estaba en el partido que debía tomar cuando el día 18 de Octubre, Kutusoff, que había ya reunido ochenta mil soldados regulares y veinte mil cosacos, decidió intentar una sorpresa que no le salió del todo mal, si bien Murat, que fué el sorprendido,—estaba acampado á cuatro ó cinco leguas

al Sud de Moscou,—reparó con su valentía su falta, llegando á creer Kutusoff en la inminencia de la llegada de Napoleón. Este combate decidió á Napoleón. Dejó en Moscou á Mortier con diez mil hombres y se fué al encuentro de Kutusoff á quien batió é hizo retroceder, pero con espanto vió á los rusos esperarle en Taroutino resueltos á nueva y sangrienta batalla en la cual hubiera podido perder algunos miles de hombres cuya falta le parecía ya irreparable para sus planes, y esto sólo para lograr que Kutusoff se retirara algunas leguas más abajo, así decidió ganar á Kalouga sin combatir, flanqueando á Kutusoff y aunque esto exigía el abandono de Moscou, se resignó á esta dura alternativa y llamó á su lado á Mortier.

Kutusoff que comprendía de sobras que era destruir de seguro á Napoleón obligándole á combatir, tan pronto vió el movimiento iniciado por el ejército francés, se arrojó sobre Malo-Jaroslawetz punto de unión de las dos carreteras que de Moscou llevan á Kalouga, y que seguían Mortier y Napoleón. En el combate sólo tomaron parte las dos vanguardias. La francesa la mandaba el príncipe Eugenio, quien perdió y recobró seis veces dicho pueblo, consiguiéndolo en fin, cuando ya ardía por todos lados y lo llenaban diez mil muertos ó moribundos, Kutusoff se retiró á tomar posiciones á una legua más atrás cerrando el camino de Kalouga,—24 de Octubre.—Una nueva batalla, una nueva victoria, era la ruína de los franceses. Napoleón y sus generales reunidos todos en consejo estuvieron de acuerdo. En este consejo se acordó la retirada. ¿Qué camino se adoptaría? Davout pedía que se siguiera un camino intermedio entre el de Kalouga y el Smolensk á Moscou, puesto que esta la había devastado el ejército al avanzar sobre la capital de Rusia. Pero á los demás generales les asustó el meterse por terreno desconocido y Napoleón que estaba ya aterrorizado se dejó convencer por el miedo y perdió la razón.

Ocho días se habían perdido, y estos ocho días decidieron de la suerte del ejército francés. Napoleón se puso á la vanguardia de su ejército como si estuviera dominado de la idea de salir cuanto antes de aquellas inmensas llanuras, que al cubrirse muy pronto de nieve le hubieron de parecer el sudario de su ejército. Davout cubría la retaguardia, pero sin caballería, esta arma había desaparecido casi por completo, y tan mal se estaba de caballos que á los heridos á quienes no les era posible marchar sobre las cureñas de los cañones, se les abandonaba sin piedad á los cosacos, que ni un solo momento